

**LA TIERRA, LA HISTORIA, LA CULTURA Y NUESTROS PADRES  
EN LA VIDA MONÁSTICA<sup>22</sup>**

1. El *Decreto sobre la adecuada renovación de la vida religiosa (Perfectae Caritatis)* del Concilio Vaticano II, al tratar el tema de los principios generales de renovación, afirma: “Cede en bien mismo de la Iglesia que los institutos tengan su carácter y función particular. Por lo tanto, reconózcanse y manténganse fielmente el espíritu y propósito de los fundadores, así como las sanas tradiciones, todo lo cual constituye el patrimonio de cada instituto” (n. 2). Este texto ha sido citado y comentado innumerables veces en los últimos años. Mas siempre conviene volver a recordarlo cuando se desea dirigir la mirada hacia la vida y obra de nuestros Padres en la vida cristiana y monástica. En él hallamos asimismo las condiciones necesarias para reconocerse y mantenerse fieles al espíritu de los fundadores. Ellas son:

- a) retorno constante a las fuentes de *toda* vida cristiana
- b) y a la *primigenia inspiración* de los institutos
- c) y una *adaptación* a las *cambiadas condiciones* de los tiempos
- d) la renovación debe realizarse *bajo el impulso del Espíritu Santo* y con la *guía de la Iglesia*.

2. Al intentar, pues, un mejor conocimiento del legado de nuestros Padres en la vida monástica no pueden dejarse a un lado las orientaciones del Concilio Vaticano II. Porque es el Espíritu Santo quien nos habla en la Iglesia a través de los sucesores de los Apóstoles; porque es el Evangelio la fuente primordial en la que todos debemos beber; porque es deber de todo cristiano participar en la vida de la Iglesia, haciendo suyas todas sus alegrías y sufrimientos, porque es necesario conocer y apreciar las legítimas aspiraciones de los hombres y mujeres de nuestro tiempo; y porque no debe posponerse ni olvidarse la *renovación espiritual*, a la cual hay que concederle siempre el primer lugar.

3. Una monja o un monje que viven en el umbral del tercer milenio de nuestra era, como gusta recordar a menudo Juan Pablo II, ¿encuentran algún indicio que los ayude a transitar por el correcto camino de la renovación en las vidas y en las obras de los primeros anacoretas del desierto? Quien busque ciertamente hallará, y mucho más que indicios. Se enfrentará con una riqueza que en ocasiones lo entusiasmará, a menudo lo interpelará, con frecuencia lo dejará asombrado y algunas veces le planteará profundos interrogantes.

4. En los últimos diez años se han vertido al castellano numerosas *fuentes*, decisivas para la renovación de la vida monástica, Y la Iglesia nos exige beber en ellas, buscar en su frescura el vigor necesario para atravesar el desierto y transmitir a nuestros hermanos el mensaje de fe, esperanza y amor de nuestro Señor Jesucristo.

5. Pero una tarea de tanta importancia reclama la ayuda del Santo Espíritu y la disponibilidad de nuestro corazón y nuestra inteligencia. Presupone una cierta preparación, que no tiene por qué ser complicada o reservada sólo para un grupo selecto. Cuando uno se aproxima a algún manantial para abrevarse con su agua debe saber cómo poner las manos bajo el chorro, de lo contrario o no saciará su sed o correrá el riesgo de ahogarse con el exceso de líquido. Beber en la reconfortante fuente que nos legaron nuestros Padres en la vida monástica, pero hacerlo de un modo tal que calme nuestra sed. ¿Cómo?

---

<sup>22</sup> Estas reflexiones forman parte de las charlas dadas en el Curso para Novicias, organizado por la Conferencia de Comunidades monásticas del Cono Sur (Monasterio de Ntra. Sra. de la Esperanza, Rafaela, Argentina, agosto de 1980).

## Una tierra.

6. La vida monástica surge, crece y se desarrolla en una *tierra*, con un clima y un paisaje determinados. Tierra que Dios embelleció con los variados dones de su creación. Todo hombre depende y necesita de un marco geográfico para poder desarrollar todos los talentos que Dios le regaló. Los monjes no fueron excepción. Por el contrario, para ellos tenía suma importancia la tierra concreta en la que aspiraban a servir en santidad y justicia al Dios de Jesucristo.

7. Una atenta mirada al mapa del mundo conocido de los siglos III-V de nuestra era permite descubrir los principales puntos del planeta en los que floreció la vida monástica.

8. En Oriente, los monjes eligieron las regiones de Egipto, Siria y Palestina; y en medida algo menor las tierras de Asia Menor.

9. En Occidente, curiosa coincidencia, también tres fueron las regiones preferidas por los monjes: Italia, Galia y África: a las que más tarde se sumaron España, *Britannia* e *Hibernia* (Irlanda). Estas tierras, lo mismo que las de oriente, quedaban enmarcadas dentro de los límites del imperio romano. Es muy escasa la presencia de los anacoretas fuera de las fronteras de la dominación romana. En occidente, inexistente; y en oriente muy limitada, a tal punto que Arabia recién recibirá a los monjes en el año 588.

10. En cada una de las regiones en que se arraigó la vida monástica, ésta tomó algunas de sus notas características del paisaje que la circundaba: del desierto o de las montañas; del río o de los bosques; del calor o del frío; del entorno todo en que los monjes trabajaban y oraban al servicio del Dueño y Señor de tan espléndida creación.

11. El marco geográfico, la tierra, es determinante de muchas de las diferencias que se observan entre los monjes de Egipto y Siria; o entre los de África y “Gallia”. Aunque siempre dentro de una común vocación, cada monje y cada comunidad monástica se vieron determinados por su tierra, piedra angular sobre la que se levantan la historia y la cultura de los pueblos.

## Una historia.

12. Los monjes no se mantuvieron ajenos al *acontecer* de los hombres de su tiempo y, muchos menos, a la vida de la Iglesia. El mismo Espíritu Santo que asiste e impulsa a la Iglesia, también inspira y guía a los primeros monjes. Con ellos la vida monástica se inserta en un momento determinado de la gran historia de salvación. Sería totalmente incomprensible el monacato si se ignora que se trata de una presencia salvadora de Dios en el peregrinar hacia el Reino de la Vida de todo el Pueblo fiel.

13. Durante más de un siglo los emperadores romanos, con variados acentos y diferentes incidencias, persiguieron obstinadamente a la Esposa de Cristo. Pero después de la batalla de Puente Milvio (año 312), el emperador Constantino decide conceder a los cristianos la tan ansiada libertad de culto. Decisión que tendrá innumerables consecuencias en la vida eclesial y cambiará el curso de la historia de la humanidad. Para la Iglesia se inicia un período de gran expansión y desarrollo: se multiplican las conversiones; se fundan nuevas diócesis; se desarrolla una intensa actividad teológica. Pero se corre el peligro de creer que esta nueva situación ya es el Reino de Dios materializado. Muy pronto semejante suposición caerá por tierra, sobre todo cuando los emperadores se crean con el derecho y el deber de intervenir en las disputas doctrinales de la Iglesia, con las poco felices consecuencias que de ello se derivarán. En el ambiente de esta euforia de un *imperio cristiano*, que parece querer suplantar al verdadero Reino de Dios, emerge y se desarrolla rápidamente el monacato cristiano.

14. El Espíritu Santo se encarga de suscitar hombres y mujeres que, dejándolo todo, se internan en los desiertos, en la espesura de los bosques, en el anonimato de las grandes ciudades o escalan hasta las cimas de las altas montañas, solos o acompañados, deseando vivir consigo mismos y buscando el

verdadero reinado de Dios. Ya no es posible el martirio sangriento, pero sí se puede experimentar el martirio incruento al que conduce la vida, de renuncia y mortificación, esta es la vida que con singular ardor abrazan los primeros monjes cristianos. El Espíritu Santo no obra dejando a un lado los medios humanos, todo lo contrario: se vale de ellos. Las ventajas de una geografía propicia, rica en lugares despoblados o desérticos como era el caso de Egipto, conduce al hombre a un encuentro con Dios, consigo mismo y con el Enemigo. Las circunstancias de una historia de los hombres y de la Iglesia que ponen en peligro el testimonio de santidad de esta última. Porque cuando la Iglesia corre el riesgo de perder su *tensión vital*, su fuerza espiritual y profética, cuando se oscurece su rostro santo, regalo maravilloso de Jesucristo, cuando se ve casi exclusivamente su rostro de pecadora, surge una voz que le recuerda que está en este mundo, pero no es de este mundo.

15. La vida monástica es esa voz *que clama en el desierto*. Tal vez, la vida monástica no sea *original*; soledad, ascesis y contemplación son ideales hondamente arraigados en el hombre. Ya en las religiones pre-cristianas hallamos equivalentes a nuestro monacato. Mas lo nuevo, lo radicalmente diferente, no está en las aspiraciones de la naturaleza humana, sino en Cristo, Hijo de Dios que se hace hombre para redimirnos. Lo que marca nuestro monacato es la palabra: *cristiano*. Soledad, ascesis y contemplación, pero en Cristo, por Cristo y para Cristo. Voz que clama en el desierto, pero suscitada por el Espíritu Santo que la Iglesia recibió el día de Pentecostés. Es por eso que todo intento de explicar el surgimiento y desarrollo de la vida monástica cristiana por medio de causas meramente sociales, históricas, políticas, psicológicas, o aun religiosas (p. ej.: el estudio comparado de las religiones), aunque pueda ser útil y necesario, resulta trunco.

16. La vida monástica cristiana es obra de Dios, realizada por medio de su Espíritu. Pero desde el momento en que el Padre, Todopoderoso y Omnipotente, quiso que su Hijo, Jesucristo, se hiciese hombre para salvar al mundo *marcó* la historia de la salvación con la señal de la “mediación”. La salvación de Dios – realizada en Jesucristo – pasa a través del hombre que en el bautismo recibe el Espíritu Santo. El Espíritu Santo de Dios actúa en el corazón del hombre. Mas hombres concretos y determinados, sujetos a una geografía, una historia y una cultura, por citar sólo algunos de los elementos que condicionan la existencia de cada día.

### **Una cultura.**

17. En GS 53 se da la siguiente definición de cultura: “Todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales; procura someter el mismo orbe terrestre con su conocimiento y trabajo; hace más humana la vida social, tanto en la familia como en la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres e instituciones; finalmente, a través del tiempo formula, comunica y conserva en sus obras grandes experiencias espirituales y aspiraciones, para que sirvan de provecho a muchos, e incluso a todo el género humano”. Espléndida descripción que se completa con estas palabras: “El hombre no llega a un nivel verdadera y plenamente humano sino por la cultura, es decir, cultivando los bienes y valores naturales. Siempre, pues, que se trata de la vida humana, naturaleza y cultura se hallan ligadas estrechísimamente”.

18. La cultura es una actividad, el actuar de un pueblo sobre unos valores o bienes. La cultura es dar sentido; es el modo como un grupo humano aprecia el sentido de las realidades y da preferencia axiológica a los valores.

19. Al hablar de la cultura conviene preguntarse: ¿qué es un pueblo? Pueblo es una comunidad. Es decir, participación común de muchos en un conjunto de valores, que por consiguiente son comunes. Bienes religiosos, políticos, familiares, etc. Y es comunidad en tanto se participa en un mismo modo de sentir, vivir y relacionarse con los valores. La comunidad es relación espontánea que nace de dentro.

20. Existen ciertas “objetivaciones” de la subjetividad del pueblo; son las instituciones. A éstas se les aplica la noción de sociedad. Un grupo que está sometido a normas sociales, a leyes. Es la dimensión

institucional; y no se puede dar una comunidad que no sea social.

21. La cultura es, entonces, una conjunción de lo dado (creación-naturaleza) y el espíritu (la libertad del hombre o la conciencia del hombre). Es la *actuación* del espíritu en lo dado, en el mundo, en la creación. Y es una *formación* del espíritu la organización de muchos en pueblo.

22. En GS 53 leemos: “La cultura humana lleva consigo necesariamente un aspecto histórico y social, y la palabra cultura asume con frecuencia un sentido sociológico y etnológico. En este sentido se habla de la pluralidad de culturas. Estilos de vida diversos y escalas de valor múltiples encuentran su origen en la manera particular de servirse de las cosas, de trabajar, de expresarse, de practicar la religión, de comportarse, de establecer leyes e instituciones jurídicas, de cultivar las ciencias, las artes y la belleza. Así, las costumbres recibidas forman el patrimonio propio de cada grupo humano. Así también es como se constituye un determinado medio histórico en el cual se inserta el hombre de cada nación o tiempo y del que saca los valores que le permiten promover la civilización”.

23. Los hombres que abrazaron la vida monástica, impulsada e inspirados por el Espíritu Santo, traían consigo una geografía, una tierra, la creación que Dios les había regalado; una historia, es decir una intervención salvífica de Yavé en sus vidas y en la vida de sus pueblos, *en la vida de la Iglesia*; tenían asimismo una cultura, es decir una forma determinada y peculiar de actuar. Mas impulsados e inspirados por el Espíritu Santo cambiaron, modificaron, *algo* de su cultura, de su historia y de su geografía, pero sin perderlas totalmente sino integrándolas junto a las nuevas exigencias que Dios les regalaba.

24. ¿Es la vida monástica una cultura? De alguna manera sí, ya que en ella:

- a) el hombre afirma sus cualidades espirituales y corporales;
- b) procura someter la creación con su conocimiento y trabajo;
- c) hace más humana la vida social;
- d) y, a través del tiempo, formula, comunica y conserva en sus obras grandes experiencias espirituales y aspiraciones, para que sirvan de provecho a muchos, e incluso a todo el género humano.

25. ¿La vida monástica cristiana es sólo una cultura? Ciertamente no. Es una cultura, según lo expresado antes, pero es también algo más. Y lo es en virtud del amor de Dios, manifestado en Cristo, que habita en nuestros corazones por el Espíritu Santo. *Perfectae Caritatis* lo dice claramente en su número 1: “Ya desde los comienzos de la Iglesia hubo hombres y mujeres que por la práctica de los consejos *evangélicos*, se propusieron *seguir a Cristo* con más libertad e imitarlo más de cerca y, cada uno a su manera, llevaron una vida consagrada a Dios. Muchos de ellos, *por inspiración del Espíritu Santo*, vivieron vida solitaria o fundaron familias religiosas que *la Iglesia recibió y aprobó* de buen grado *con su autoridad*. De ahí nació, por designio divino, una maravillosa variedad de agrupaciones religiosas, que mucho contribuyó a que la Iglesia no sólo esté apercebida para toda obra buena (ver *2 Tm 3,17*) y pronta para la obra del ministerio en la edificación del cuerpo de Cristo (ver *Ef 4,12*), sino también a que aparezca adornada con la variedad de los dones de sus hijos, como esposa engalanada para su marido (ver *Ap 21,2*), y por ella se manifieste la multiforme sabiduría de Dios (ver *Ef 3,10*)”.

26. La vida monástica es, pues, “opus Dei”. Pero Dios actúa por medio de los hombres, y todo hombre *pisa una tierra, es afectado por una historia y posee una cultura* que lo *sella* como miembro de este pueblo y no de aquel. Todo retorno a las fuentes deberá tener muy en cuenta estos elementos para no caer en peligrosos arqueologismos, puesto que la cultura monástica ciertamente puede, y de hecho así ha sucedido, cambiar cuando se modifican la geografía o la historia. Convendrá tenerlo presente a la hora de leer los escritos que nos legaron nuestros padres en la vida monástica.

*Los Toldos - Argentina*

**Notas** (los números remiten a los párrafos correspondientes)

(6) Existe un buen mapa en el *Atlas de l'antiquité chrétienne*, editado por F. van der Meer y C. Mohrmann, Eds. Sequoia, Paris-Bruselas 1960 (el mapa lleva el número 34).

(12) Para lo que se refiere a las persecuciones ver los textos publicados por el P. R. D. García S.D.B. y Clara Freitag en *Dios y el César*, Eds. Patria Grande - Don Bosco, Bs. As. 1979.

(13) Para una visión clara y sintética de los siglos III y IV, ver H. I. Marrou, "L'Eglise dans la première moitié du quatrième siècle", en *Nouvelle Histoire de l'Eglise*, Eds. du Seuil, Paris 1963, vol. I, pp. 280 y ss.

(15) Ver H. I. Marrou, *op. cit.*, p. 311.

(17) En toda esta parte me reconozco largamente deudor de las nociones vertidas por el P. Lucio Gera en sus clases de Eclesiología del año 1978 (Facultad de Teología, Villa Devoto, Bs. As., Argentina).

(24) Ver GS 53.

(25) Tener también presente la continuación de este número 1. Los subrayados son nuestros.